

PARTE TERCERA

LA MUERTE DE WALLENSTEIN

PERSONAS

WALLENSTEIN.
OCTAVIO PICCOLOMINI.
MAX PICCOLOMINI.
TERZKY.
ILLO.
ISOLANI.
BUTTLER.
NEUMANN.
UN AYUDANTE.
WRANGEL, coronel enviado por los succos.
GORDON, comandante de Egra.
GERALDIN, comandante.
DEVEROUX, } capitanes en el ejército de Wallenstein.
MACDONALD, }
UN CAPITÁN sueco.
Una Diputación de Coraceros.
CORREGIDOR de Egra.
SENI.
LA DUQUESA DE FRIEDLAND.
LA CONDESA DE TERZKY.
TECLA.
LA SEÑORITA DE NEUBRUNN, dama de la princesa.
ROSENBERG, caballero de la princesa.
Dragones.
Criados, pajes, pueblo.
La escena en Pilsen durante los tres primeros actos, y en Egra en los restantes.



ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una habitación dispuesta para experimentos astrológicos, con esferas, mapas, cuadrantes y otros instrumentos de astronomía. En el fondo, descubierto el cortinaje de la puerta, se ve una rotonda en la cual se hallan las figuras de los siete planetas, en nichos, y alumbradas con extraño fulgor. SENI estará observando las estrellas; WALLENSTEIN, en pié, ante un tablero negro donde está dibujado el aspecto de las mismas.

WALLENSTEIN.—SENI

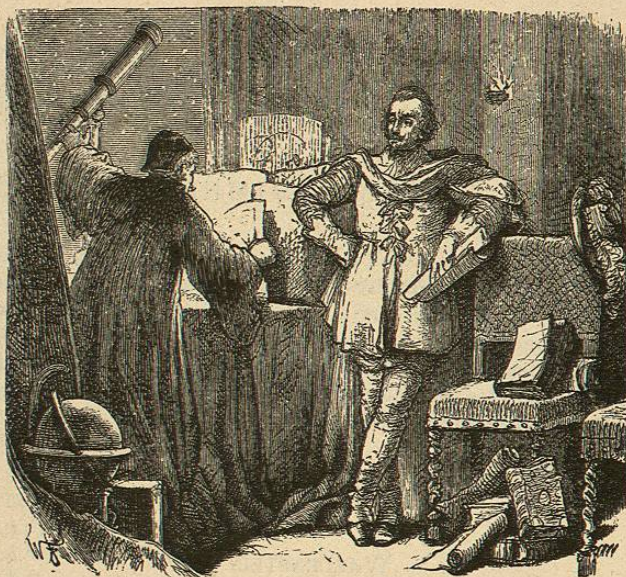
WALLENSTEIN

BIEN, Seni, baja. Amanece ya; la hora está bajo la influencia de Marte, y el momento no es oportuno para operar. Ven. Ya sabemos bastante.

SENI.—Permitidme observar á Venus. Mirad cómo despunta y brilla por Oriente como un sol!

WALLENSTEIN.—Sí; se halla cerca de la tierra y ejerce todo su poderoso influjo. ¡Oh feliz espectáculo! Así se dibuja el gran triángulo del cual pende tan miste-

rioso poder! Los dos benéficos astros, Júpiter y Venus, traen preso entre ellos al pérfido Marte y le fuerzan á servirme á ese antiguo artífice de desdichas. ¡Cuánto tiempo me ha sido infausto! Ya en posición directa ú oblicua, ya con duplicados ó cuadruplicados reflejos, lanzaba sus rayos de fuego sobre mis astros y destruía su favorable influjo... Por fin vencieron á mi



antiguo enemigo, y me lo tienen prisionero en el cielo.

SENI.—Esas dos grandes estrellas no han de temer maleficio alguno. Saturno impotente declina.

WALLENSTEIN.—Su reinado pasó. ¡Sólo preside á los secretos gérmenes ocultos en la tierra, ó dormidos en las profundidades del alma; á cuanto, en fin, huye de la luz... Ya no es tiempo de reflexionar ni de meditar. Júpiter atrae á ella la obra preparada en la oscuri-

dad... Ahora, conviene obrar prontamente antes que se extingan esos signos de dicha, porque las esferas del cielo experimentan perpetua mudanza. (*Llaman á la puerta.*) Llaman; mirad quién es.

TERZKY (*dentro*).—Abrid.

WALLENSTEIN.—¿Es Terzky? ¿Qué ocurre que urge tanto?... Estamos ocupados.

TERZKY.—Dejadlo todo; os lo suplico... No cabe dilación.

WALLENSTEIN.—Abre, Seni.

(*Mientras éste abre, Wallenstein corre la cortina que tapa las figuras de los planetas.*)

ESCENA II

WALLENSTEIN.—TERZKY

TERZKY (*saliendo*).—¿Sabes ya lo que ocurre? Ha caído prisionero, y fué entregado por Gallas al Emperador.

WALLENSTEIN.—¿Quién cayó prisionero? ¿Quién ha sido entregado al Emperador?

TERZKY.—Quien posee nuestro secreto y fué encargado de nuestras negociaciones con los sajones y los suecos, y tuvo en sus manos todos los hilos de la trama.

WALLENSTEIN (*retrocediendo*).—¿No es Sesina?... Dime que no es Sesina, te lo ruego.

TERZKY.—Iba al encuentro de los suecos, cuando cayó en manos de algunos hombres apostados por Gallas, que le espiaban hacia tiempo. Llevaba consigo mis despachos para Kinsky, Mateo Thurn, Exenstiern, Arnheim... ¡Todo está en su poder!... Ahora poseen ya la revelación de cuánto ha ocurrido.

ESCENA III

Dichos.—ILLO

ILLO (á Terzky).—¿Lo sabe ya?

TERZKY.—Sí.

ILLO (á Wallenstein).—¿Piensas todavía en reconciliarte con el Emperador, y ganarte de nuevo su confianza? Aunque renunciaras al proyecto conocen ya tus designios, y fuerza es marchar adelante, ya que es imposible retroceder.

TERZKY.—Tienen en sus manos, contra nosotros, documentos irrecusables.

WALLENSTEIN.—Pero nada de mi puño. Te acusaré de impostor.

ILLO.—¡En vano será! ¿Crees que, siendo tu cuñado quien negoció en nombre tuyo, no te atribuirán todas las negociaciones? Si los suecos aceptaron su palabra, por ser la tuya, ¿no harán otro tanto los enemigos de la Corte?

TERZKY.—Verdad que nada escribiste, pero recuerda cuán explícitamente hablaste á Sesina. ¿Es verosímil que se calle? Si le prometen la salvación á cambio de sus secretos ¿no los revelará?

ILLO.—Harto lo comprendes. Puesto que conocen lo adelantado de tus gestiones, habla, ¿á qué aguardas? Ya no puedes conservar mucho tiempo el mando, y estás perdido sin recurso si dimites.

WALLENSTEIN.—El ejército es mi seguridad; y este no me abandonará nunca. ¿Qué importa lo que sepan? La fuerza está de mi lado, y les será necesario pasar por lo que quiera. Si les garantizo mi fidelidad, tendrán que resignarse á admitirla.

ILLO.—El ejército es tuyo ciertamente; hoy por hoy



WALLENSTEIN.— Te acusaré de impostor !

es tuyo; pero desconfía de la lenta y sorda acción del tiempo. Si el prestigio que ejerces en las tropas te protege hoy y aun mañana, contra un acto de fuerza, una vez acuerdes al enemigo un plazo, minará ese pedestal, te quitará uno por uno tus soldados hasta que al fin, cuando llegue el cataclismo, se derrumbe el engañoso y socavado edificio.

WALLENSTEIN.— ¡Qué funesto contratiempo!

ILLO.— Dichoso le llamaría, si ejerciese en tu ánimo el influjo que debe, y te decidiera á obrar con rapidez... El coronel sueco...

WALLENSTEIN.— ¿Ha llegado ya? ¿Sabéis qué encargo trae?

ILLO.— No quiere confiarlo sino á ti.

WALLENSTEIN.— ¡Ah qué funesto contratiempo! ¡Qué desgracia! Es verdad; sabe demasiado y no va á callarse.

TERZKY.— Es un rebelde de Bohemia, un desertor condenado á muerte; si puede salvar la vida á expensas tuyas, claro que no se andará con chiquillas; si le sujetan al tormento, no creo que tenga suficiente fuerza para soportarlo.

WALLENSTEIN (*absorto en sus reflexiones*).— No; no puedo resucitar su confianza; por más que haga, pasaré á sus ojos por traidor;... aunque vuelva á mi deber con entera lealtad y abiertamente, de nada ha de servirme.

ILLO.— Todo lo contrario; será tu perdición, Atribuirán á impotencia semejante fidelidad.

WALLENSTEIN (*vivamente agitado, y paseándose á grandes pasos*).— ¡Oh! ¿Habré de realizar lo que fué hasta aquí un simple proyecto que entretenía mi mente? ¡Maldito sea quien juega con el diablo!

ILLO.— Si fué un simple juego tan sólo, créeme, no te queda otro partido que expiarlo en serio.

WALLENSTEIN.— He de ponerlo en ejecución hoy

mismo. Hoy mismo, cuando tengo todavía la fuerza en mi poder.

ILLO.—Si es posible, claro está; antes no vuelvan en sí del golpe los de Viena, y acudan á prevenirse.

WALLENSTEIN (*mirando las firmas del compromiso*).—Cuento con las firmas de los generales... ¿Por qué no está entre ellos Max?

TERZKY.—Fué que... creyó que...

ILLO.—¡Puro afán de singularizarse! Dijo que entre ambos esas fórmulas están de más.

WALLENSTEIN.—Tiene razón... Las tropas no quieren ir á Flandes; me han escrito y rehusan obedecer. El primer paso de la insurrección está dado.

ILLO.—Créeme; más fácil te será aliarlas con el enemigo que ponerlas á las órdenes de un general español.

WALLENSTEIN.—Quiero saber antes qué viene á decirme ese coronel sueco.

ILLO (*vivamente*).—¿Tendréis la bondad de llamarle, Terzky?... Ahí fuera está.

WALLENSTEIN.—Aguardad un poco... ¡Tanto me ha sorprendido lo que ocurre!... ¡Vino con tal precipitación!... No estoy acostumbrado á dejarme dominar y conducir ciegamente por el acaso.

ILLO.—Óyele primero y resuelve después.

(*Vanse Illo y Terzky.*)

ESCENA IV

WALLENSTEIN

WALLENSTEIN (*hablando consigo mismo*).—¿Es cierto? ¿Me será imposible obrar con entera libertad, y retroceder en mi empresa, si tal fuera mi deseo? ¿He de realizarla puesto que la he concebido? ¿Habré de llevarla

á cabo porque no alejé la tentación, porque apacenté con ella mis sueños, porque preparé los medios de una ejecución incierta, porque tuve simplemente abierto ante mis ojos el camino? ¡Cielos!... ¡Pero si no fué nunca este mi designio!... ¡si nunca me resolví fijamente! Mi imaginación se complacía en esa idea: esto era todo. La libertad... el poder... me atraían, ¿era crimen, por ventura, embelesarme con la esperanza de una ambición real? ¿Acaso no seguía siendo libre? ¿No continuaba abierta á mis ojos la buena senda para la retirada?... ¡Ah! ¡Adónde me veo llevado súbitamente! Cerróse á mis espaldas toda salida; mis propias obras alzaron en torno un muro que me aprisiona y me impide retroceder. (*Permanece breve momento pensativo.*) Parezco culpable; esta es la verdad; haga lo que quiera, no puedo alejar el crimen de mí. Porque mi vida se muestra bajo doble aspecto que denuncia mi falta, y la sospecha envenenará, en su propio y puro manantial, mis más inocentes acciones! Si fuera lo que parezco... si fuera traidor, velara con mejores apariencias mi conducta; cubierto de espeso manto, hubiera impuesto silencio á mis quejas. Pero, firme en mi inocencia, seguro de mi lealtad, dí suelta á mis caprichos y á mis pasiones; era osado mi lenguaje, cabalmente porque no lo era mi acción... Y ahora... ahora cuánto ocurre han de atribuirlo á un plan premeditado; cuánto profería la cólera, y desbordaba del corazón en un arrebato de ira, denunciará una hábil trama; y armados de su terrible acusación con tales indicios, habré de enmudecer ante ella. Así he fabricado mi propia pérdida y he tejido mis propias redes. ¡Sólo un acto enérgico puede romperlas! (*Se detiene de nuevo.*) ¡Cómo obrar de otro modo! Librementemente, impulsado por mi propio valor, me arrojé á bien audaces empresas, ¡cómo retroceder ahora que la necesidad las impone y mi conservación las exige!

Pero ¡ah! ¡que el aspecto de la necesidad es severo, y no sin terror introduce el hombre la mano en la urna misteriosa del destino! Encerradas en mi alma, era todavía señor de mis acciones; una vez escapadas del asilo donde se engendraron, lanzadas de allí á la corriente de la vida, son juguete de las malélicas divinidades que nada puede ablandar. (*Atraviesa á grandes pasos la escena y luégo se detiene de golpe.*) ¿Y cuál es tu proyecto? ¿Le conoces tú mismo, por ventura? Intentas derribar un poder afirmado en el trono, consagrado por el hábito y el tiempo, arraigado con profundísimas raíces en la pía y candorosa creencia de los pueblos. No es este el combate de la fuerza con la fuerza, que no fuera temible para mí. Con ánimo sereno arrostraré el empuje de todo rival á quien pueda mirar frente á frente, y cuyo valor inflamaria el mío. No. A quien temo es al invisible enemigo que se alza contra mí en la conciencia de los hombres: éste es el terrible; éste quien me acobarda. No fué nunca realmente peligroso el vigor violento y la fuerza vivaz, sino la eterna y ordinaria marcha de las cosas, lo que siempre fué, lo que siempre será, lo que subsistirá mañana porque subsiste hoy; el hombre tuvo por nodriza la costumbre, y ¡ay de aquel que pone la osada mano en la preciosa herencia de sus mayores, en el antiguo y venerando depósito de sus afectos! Porque el tiempo ejerce una suerte de consagración, y cuanto envejeció se reviste de un carácter divino. La posesión lleva consigo el dominio, el respeto del vulgo es su salvaguardia. (*Al paje que sale.*) ¿Está aquí el coronel sueco? Que éntre. (*Vase el paje. Wallenstein fija una mirada pensativa en la puerta.*) ¡No fué todavía profanada!... Todavía no... ¡El crimen no pasó aún el dintel!... ¡Cuán breve el límite que separa los dos caminos de la vida!

ESCENA V

WALLENSTEIN, WRANGEL

WALLENSTEIN (*después de haber fijado en él una mirada penetrante*).—¿Os llamáis Wrangel, no es eso?

WRANGEL.—Gustavo Wrangel, coronel del regimiento azul de Südermannland.

WALLENSTEIN.—Un Wrangel fué quien, con su valerosa defensa, me causó bastantes pérdidas en el sitio de Stralsund, é impidió la rendición.

WRANGEL.—No se debió á mi valor, mas al poder de los elementos que lucharon contra vos aquel día, señor duque. Salvó la plaza la violenta tempestad del Belt. El mar y la tierra no podían obedecer á un solo hombre.

WALLENSTEIN.—Me arrebatasteis de la cabeza el sombrero de almirante.

WRANGEL.—Ahora vengo á poner sobre ella una corona.

WALLENSTEIN (*le hace seña de que se siente y hace lo propio*).—¿Traéis vuestras credenciales? ¿venís con plenos poderes?

WRANGEL (*pensativo*).—Quedan por aclarar algunas dudas.

WALLENSTEIN (*después de haber leído la carta*).—La carta está en regla. Señor Wrangel, vuestro soberano es hombre prudente. El canciller me dice que con ayudarme á ceñir la corona de Hungría, sólo cumple un designio del difunto rey.

WRANGEL.—Dice la verdad. El rey, de gloriosa memoria, tuvo siempre alta opinión del talento militar de V. A. Se complacía en repetir que quien sabía mandar debía reinar.